

# La Amistad en el Siglo de las Luces: La Real Sociedad Bascongada en las fuentes epistolares

CÉCILE MARY TROJANI

*El jueves 17 de junio de 2004 se presentó en la Biblioteca Dr. Camino de Donostia/San Sebastián (Fundación Kutxa) el libro *L'écriture de l'Amitié dans l'Espagne des Lumières. La Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, d'après la source épistolaire*, del que es autora la Dra. Cécile Mary Trojani, Profesora Titular de la Universidad de Toulouse II - Le Mirail.*

*En la edición de este libro han colaborado las Presses Universitaires du Mirail (PUM), la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, y el equipo de investigación E.A. 800 de la Universidad de Toulouse II - Le Mirail.*

*Por considerarlo de sumo interés, las páginas del Boletín dan hoy cabida a las intervenciones realizadas con tal ocasión, agradeciendo a sus autoras la rápida entrega de un texto escrito.*

## **Intervención del Amigo Antonio Risco**

Amigo Director, Amigas y Amigos:

Voy a tratar de recapitular lo que, a mi juicio, otorga sentido al libro que Cécile Mary Trojani pone hoy a disposición tanto del público especializado e investigador como del público lector interesado por la historia de la Vascongada y del País Vasco en el siglo XVIII.

Esta alusión al *público en general*, como se decía antiguamente, no es gratuita, porque creo que la primera cualidad del libro de Cécile es, precisa-

mente, la calidad de la escritura, de la que deriva la facilidad de lectura. En este sentido, yo diría que el libro, documentadísimo y riguroso en su planteamiento, se lee casi como una novela, como una novela interesante, que también las hay plúmbeas.

Primer libro que se publica en Francia, y en francés, sobre la Vascongada, el trabajo de Cécile tiene un segundo y fundamental valor, que es su valor interpretativo. A partir de algo que, curiosamente, estaba aún por hacer —me refiero a la ordenación e interpretación de la cuestión de los orígenes—, se plantean unas propuestas interpretativas —abiertas, como es lógico, a la discusión del debate— de fuerte calado. Por eso se trata de un texto, en el que, si viniese a echarse en falta, como no puede ser menos, alguna línea, no sobra, desde luego, ninguna.

Pero es que, además, las propuestas interpretativas que se formulan derivan, por una parte, de la indagación de una articulación esencial: la de la AMISTAD con la AMISTAD DEL PAIS, y, por otra, del análisis de la manera en que se elabora —y se aplica— este segundo concepto a partir de la vivencia del primero. Es algo que, aunque parezca obvio, resulta nuevo en la aproximación a aquella Sociedad de Amigos. Y ello confiere al libro una más que apreciable calidad cual es la originalidad del tratamiento.

Pues bien, una vez planteado el método, cabe destacar la elección de la herramienta, o sea la CORRESPONDENCIA. Aquí hay que felicitar a la autora por la valentía de su decisión. Ninguna herramienta podía resultar más pertinente para indagar en la lenta construcción de esa articulación. Pero esta herramienta tiene que manejarse con mucha precaución. Y su uso exige una considerable maestría. El distanciamiento crítico, el *autocontrol* del investigador, la contextualización de cada palabra son aquí no sólo requisitos aconsejables sino absolutamente imprescindibles. La utilización que hace Cécile Mary Trojani de la fuente epistolar me parece ejemplar, en este sentido, por cuanto no viene a ser un simple añadido discursivo o un interesante apéndice documental, sino que se convierte en fuente, no única, claro, pero sí *vertebradora*.

¿Vertebradora de qué? se preguntaran Vds. Pues sencillamente de los ángulos de ataque escogidos por la autora, unos ángulos que sin ignorar lo institucional y organizativo nos llevan derechamente a lo que resulta más difícil de ver: el funcionamiento de las amistades, los parentescos, las solidaridades, las redes que dan masa y argamasa al proyecto.

A mi juicio, además, el libro incorpora a la propuesta interpretativa referida a la Vascongada, un elemento biográfico relacionado con el Conde fun-

dador, sobre el que, en definitiva, tan poco sabemos. Necesitados andamos por ello de una biografía de Peñaflorida que mejore y complete el meritorio trabajo que, en su día, llevó a cabo Joaquín Iriarte, y otras aportaciones ulteriores. Por ello, y más allá de lo cronológico —y, a menudo, documentalmente incierto—, el libro de Cécile Mary Trojani, tras ordenar y sintetizar el material disponible, nos acerca, por obra y gracia de la fuente epistolar, a la mentalidad de Munibe, que es como decir a la mentalidad de un ilustrado no institucional *en sus ejercicios* y no sólo —como suele ocurrir generalmente— en sus textos o discurso. Creo que es algo también bastante nuevo en el tratamiento habitual de la *Ilustración*.

Y, a propósito de textos, y si me permiten una pequeña lamentación, que no será una crítica, sino una ligera queja, yo siento que la autora no haya reservado más espacio en el libro a los textos fundadores de la Sociedad Bascongada: me refiero al *Elogio de la amistad* de Joaquín de Eguía o las *Leyes de la amistad* que la Sociedad se otorga inicialmente, o incluso, aunque no se me escapa que el texto nos sitúa fuera del marco cronológico fijado por la autora, al discurso de Ibañez de la Rentería sobre *La amistad del País*, que Cécile Mary Trojani ha publicado en su integridad, completando así la reciente edición de Javier Fernández Sebastián. Son textos que la autora había ya exhumado, presentado y comentado anteriormente, en el Congreso de Zaragoza sobre el Conde de Aranda (1998), en las páginas del *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País* (1999) o con ocasión del *I Seminario Peñaflorida* que celebramos en Toulouse a finales del año 2000. Intuyo que la escrupulosa Cécile no ha querido incluir en el libro análisis y comentarios ya expuestos con anterioridad en otros lugares, reduciendo así el espacio dedicado a esos textos en las páginas del libro, aunque remitiendo al lector, eso sí, a los lugares oportunos.

Si hago ahora esta mención es porque fue a partir de esos textos como la autora fue construyendo su método y esbozando el estudio de la articulación entre la AMISTAD y la AMISTAD DEL PAIS, que de forma tan convincente ha desarrollado y completado luego apoyándose en la fuente epistolar.

En resumen, pues, creo que estamos ante una aportación fundamental, en relación con tres cuestiones de suma importancia:

- la que se refiere, en primer lugar, a los orígenes de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, a ese periodo oscuro y hasta ahora no interpretado que va desde la formación escolar del joven Munibe en el colegio de los jesuitas de Toulouse hasta la apertura del colegio de Vergara;

- la que nos plantea la necesidad de seguir investigando en la construcción de una biografía, lo más completa posible, del Conde de Peñaflorida, reuniendo tanto los elementos cronológicos y materiales, como esos otros elementos más difíciles de aprehender, como son los intelectuales y mentales, para cuyo conocimiento y tratamiento el libro de Cécile Mary Trojani abre, creo yo, una más que fructífera pista, convirtiéndose en modelo y obligada referencia;
- y la que, finalmente, nos remite a los mecanismos, al tiempo económicos y sociales, mentales y culturales, que articulan la transición del Antiguo Régimen al régimen liberal, una transición económico-política y un régimen liberal que, como es bien sabido, ofrecen en el País Vasco unos perfiles muy singulares.

Muchas gracias.

### **Intervención de la Dra. Cécile Mary Trojani**

Señor Director,

Señoras y señores:

Quiero agradecerles, en primer lugar, a todos ustedes, la deferencia que han tenido conmigo al acercarse esta tarde hasta esta sala. Quiero agradecer también a la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País y a sus responsables el honor que me han hecho al colaborar en la edición de mi libro, y al invitarme a presentar ante la Sociedad mi trabajo esta tarde, en Donostia.

No voy, desde luego, a contarles lo que en el libro cuento. Largo sería. Por eso, mi intervención va a ser una reflexión sobre los orígenes de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País articulada en torno a algunas propuestas metodológicas e interpretativas.

Si tuviésemos que sacar a colación las palabras que mejor recogen la sensibilidad del Siglo de las Luces, no cabe duda de que las palabras *amistad* y *felicidad* figurarían en primera línea. Y si tuviésemos que recapitular algunos de los fenómenos que mejor reflejan las evoluciones socioculturales de dicho siglo, tampoco cabe duda de que las prácticas ligadas a la sociabilidad y al intercambio epistolar merecerían también un puesto de honor.

En la noción misma de *amistad* se mezclan, en el siglo XVIII, la nueva dimensión que compromete al individuo en tanto que miembro de un grupo y la dimensión universal y diacrónica que sólo pertenece al individuo por cuanto es

manifestación del sentimiento. Es ésta concepción bipolar la que, precisamente, nos facilita la aproximación interpretativa de la puesta en práctica de un discurso en el que se codifican y definen las prácticas sociables de la *amistad*.

Las Luces nos dan una representación del perfecto amigo como un ser social y sociable. Y, por eso, un primer espacio, el espacio doméstico, abierto a una forma de sociabilidad controlada, se convierte en el lugar emblemático en el que se dan cita algunos de los valores del siglo: el trato, la sinceridad, la franqueza, la confianza, el intercambio... El espacio doméstico, considerado en su doble dimensión física y mental, abriga al tiempo la privacidad, vivida como una manifestación de la aspiración a la felicidad, y la sociabilidad limitada que restringe la opacidad de un espacio antes más cerrado. ¿Cómo entender si no la publicación, en el célebre *Ensayo* de 1766, de uno de los primeros textos conocidos de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, un texto que se refiere, precisamente, a “la comodidad de las casas”? Obviamente, la “comodidad” es aquí tanto una aspiración al bienestar como una disposición mental.

Porque el espacio doméstico —marco habitual, por cierto, de la escritura epistolar y de su elaboración— revela pronto sus límites. Aunque no oculte ya las aperturas y los cierres mentales, y aunque permita la celebración de una sociedad doméstica ampliada, resulta inapto para contener la tensión entre lo que Maurice Aymard ha llamado el *polo singular* y el *polo plural* de la amistad, tal como se la representaban los *ilustrados*. La consecuencia directa del desarrollo que va progresivamente tomando el *polo plural* en la vivencia de la amistad será así el nacimiento de unos ámbitos sociables distintos de los domésticos, porque dicho desarrollo exige un espacio distinto, tanto en lo físico como en lo mental.

En los años 1740, el viaje del joven Xavier María de Munibe a Francia atestigua la apertura hacia Europa de las grandes familias vascas, una apertura que la proximidad geográfica y las dificultades de comunicación con otros territorios peninsulares explican en parte, pero que encuentra también su explicación en el espíritu nuevo que documentan las iniciativas empresariales —como la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas— o las curiosidades intelectuales. Así, la estancia de Xavier María en el colegio de los jesuitas de Toulouse se inscribe en una lógica de funcionamiento familiar, que es también una lógica de grupo.

Dicha estancia marcó ciertamente al joven Munibe, y aunque, como ha demostrado Antonio Risco, no parece que el modelo ofrecido por la Academia de Ciencias de Toulouse, alimentase de hecho el proyecto societario del ya

Conde de Peñaforida, lo cierto es que el Conde debe a Toulouse dos cosas. Por una parte, el gusto por la “Física”, o sea la experimentación, un gusto común en los salones franceses y academias provinciales de la época, que Munibe traslada a Azkoitia, a Insausti y a las nuevas casas de la Villa —vean ya la perfecta representación del polo singular y del polo plural de la *amistad* a que antes me refería—, a través de las tertulias de que nos habla Narros en el *Elogio* póstumo del Conde. Por otra parte, la correspondencia intercambiada por Munibe con algunos de sus maestros franceses en los años 1750, acredita rápidamente el gusto de Peñaforida por la práctica epistolar, un gusto que cultivará infatigablemente hasta su muerte. Pues bien, esa dualidad de gustos constituye la base misma de la tertulia original y del intercambio epistolar tejido en forma de red en el que se asentará la existencia de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

En Azkoitia, se produce el reencuentro de Munibe con dos amigos: el futuro marqués de Narros, Joaquín de Eguía, amigo de infancia, y el famoso “amigo de Rousseau” Manuel Ignacio de Altuna. La cuestión del papel que pudo desempeñar la amistad entre el viajero Altuna y el filósofo ginebrino debe ser bien ponderada, pues la única información disponible es la que proporciona Rousseau a través de sus *Confesiones*, que, como es sabido, constituyen una fuente literaria, tributaria, pues, del artificio discursivo.

Las *Confesiones* de Rousseau certifican su amistad con Altuna —confirmada también por la fuente epistolar—, pero no condicionan la interpretación de los proyectos ulteriores. Nos revelan, en cambio, que la estancia de Altuna en París, efectuada a instancias del filósofo, tuvo un carácter más científico que artístico, y que los itinerarios europeos de Altuna le proporcionaron también la ocasión de ejercitarse en la amistad y en las nuevas formas de sociabilidad que se iban abriendo paso.

En Azkoitia, al dar otra dimensión a la vieja noción del *trato*, Munibe, Altuna, Eguía, el célebre triunvirato del que se burló el P. Isla, descubren el vigor con que despierta una sensibilidad nueva en aquel rincón perdido del valle del Urola. Este dato, a primera vista puramente físico, tiene una importancia considerable, en la medida en que nos aleja de esos centros urbanos en los que, habitualmente, se sitúa el despertar o el desarrollo de las Luces en España. A mediados de siglo, a pesar del obstáculo físico, en esas tierras aisladas del País Vasco, la información circula y la formación modernizada de las élites abre perspectivas. Por ello, en este caso preciso, la visión de una línea divisoria, en lo socioeconómico y en lo cultural, entre campo y ciudad, tiene que ser fuertemente matizada.

Por otra parte, aunque no quepa soslayar el hecho de que nuestro “triumvirato” constituye una representación emblemática de esas élites vascas que administran patrimonios y controlan la gestión de los asuntos públicos, la insatisfacción con que contempla la “tertulia de juego y merendonas” referida por Eguía nos hace ver la aspiración a la creación de un nuevo espacio que no es simplemente el del trato social. Pero el proyecto que nace de esa insatisfacción tardará tiempo en concretarse, contrariamente a lo que muchas veces se lee, y la estancia del Diputado Peñaflorida en Madrid, al iniciarse la década de los sesenta, parece determinante en la elaboración de un proyecto aún bien difuso. En aquella época, Campomanes ha lanzado la *Idea* de llevar a los confines peninsulares más alejados del centro un proyecto académico aplicado a la agricultura. Así que cuando, en 1763, Peñaflorida, ayudado por unos pocos amigos-parientes y por una mayoría de parientes-clientes, presenta su famoso *Plan* en las Juntas Generales de Villafranca está dando pruebas de una formidable capacidad de síntesis, de asimilación y de anticipación.

La mayor parte de los *promotores* del *Plan* desaparecerán del proyecto societario consolidado y la instancia política local no reaccionará como se esperaba. Y ahí es donde aparece la idea matriz que alumbró al Conde ayudado por Narros. Se trata de formar, con parientes y amigos, una *compañía*, en este caso no mercantil, pero que, como la Guipuzcoana, no deberá nada a la decisión política. La idea, en definitiva, es sencilla: utilizar, invocando la *amistad*, las relaciones que la sangre, las alianzas matrimoniales y el trato social permitían desarrollar en el marco de una estructura de parentesco tentacular.

Y por eso, las reuniones organizadas en Vergara, en 1764, son más una reunión de familia que una reunión de socios. Pero eso no es lo esencial; lo esencial es que, mezclando hábilmente privacidad y proyecto societario, espacio doméstico y espacio mental, esas reuniones van a transformar el viejo discurso y la vieja invocación de la *amistad* en un concepto nuevo e inédito: la *Amistad del País*.

Desaparecido ya Altuna, el mérito de Peñaflorida y de sus amigos más fieles —¿podrá encontrarse otro más presente que Eguía, el amigo de infancia?— va a consistir entonces en sacar a la ya flamante Real Sociedad Bascongada de los límites estrechos de un espacio —en la doble acepción que vengo utilizando— previamente delimitado. Para ello buscará, primero, complicitad eficaz en las provincias de Vizcaya y de Alava, y encontrará, precisamente, en esta última un segundo eslabón fundamental para la funcionalidad de la articulación entre la *amistad* y la *Amistad del País*: el que le proporcionará Pedro Jacinto de Alava, colaborador aún más cómplice, si cabe, que el

propio Narros. Luego, habrá que extender la red inicial y territorial hasta Madrid, con la complicidad de los Aguirre, de los Montehermoso,... y hasta Cádiz, punto neurálgico en lo económico-comercial y en lo cultural, en donde actuará el infatigable Eguino, al que tanto se debe en la proyección colonial de la Sociedad, que han estudiado Izaskun Alvarez Cuartero y Cristina Torales Pacheco.

De tal guisa se constituye una verdadera red, formada por una multiplicidad de pequeñas redes parciales y parcelarias, de las que hay que decir, en honor a la verdad, que no es que no trabajaran, sino que no lo hacían en la medida esperada por el voluntarioso núcleo central de la Sociedad: los Eguía, los Alava..., y, por supuesto, el propio Munibe. Para seguir honrando la verdad, digamos también que este pequeño grupo, tan trabajador como exigente, quiere controlar, como decimos en Francia, todos *los hechos y los gestos* de los componentes de la red, en las dos direcciones que orientan lo esencial de su actividad: la solicitud administrativa y la búsqueda incesante de fondos.

Este dato nos ayuda a entender cómo y por qué, pasando por simple deslizamiento de la *amistad* a la *Amistad del País*, y aún combinando ambos ejercicios, la correspondencia, al tiempo amistosa y societaria, deviene el verdadero cimiento de la empresa. La correspondencia garantiza paralelamente la permeabilidad y la solidez de la red, una red cuyos hilos hay que esforzarse, primero, por conservar en buen estado de funcionamiento, y, segundo, por extender en la medida de lo posible. Por eso, para funcionar en red, más que la conversación o el encuentro, la carta —esa otra forma de abrir o de proseguir la conversación— es la herramienta de trabajo fundamental, la más cotidiana y la menos aleatoria.

En el juego sutil de las “redes del poder” y del “poder de las redes”<sup>1</sup>, la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País busca su sitio. Las cartas intercambiadas entre Peñaflorida y Alava, en el transcurso de ese periodo que va hasta la apertura oficial del Seminario de Vergara y al que he denominado *le temps des projets*, la época de los proyectos, lo demuestran formidablemente. Pero estas cartas, las que en su día publicó el Profesor Tellechea y las que pronto espero que podamos publicar algunos de los aquí presentes —me refiero ahora al epistolario de Alava—, no sólo revelan avatares materiales, sino también itinerarios mentales.

---

(1) Remito al prólogo con el que Daniel Roche abre la recopilación de trabajos reunida por P-Y. Beaurepaire, *La plume et la toile. Pouvoirs et réseaux de correspondance dans l'Europe des Lumières*, Artois Presses Université, Arras, 2002.

Primera constatación: al convertirse en *Amistad del País*, la *amistad* — cuyas representaciones se articulan, desde la Antigüedad, en torno a una construcción ética en la que el individuo resulta privilegiado—, no deja de ser una ética, pero, tal como la ven y la viven Peñafloreda y Alava, se transforma en una ética del saber compartido. Pues bien, esta voluntad de compartir — requisito clásico de la amistad— concreta mentalmente el vínculo entre la *amistad* de los seres y la *Amistad del País*. Es obvio que se trata de una construcción ideológica que reúne a unos hombres que comparten, en primer lugar, unos mismos intereses. Pero, al aplicarse precisamente al *País*, tal construcción se convierte en la ética societaria que fundamenta, más allá del mero lazo familiar o amistoso y de la convergencia de intereses, el intercambio y la acción en red.

Una segunda constatación se relaciona con el lugar que ocupa el “saber” en el proyecto societario. Inicialmente, este “saber” es algo tan novedoso como relativamente abstracto, tal como lo demuestra la afición inicial a la “Física”, a la vez indicio de curiosidad intelectual y de la búsqueda de entretenimiento. Pero, al filo de los años, este “saber” moderno se convierte, por la vía de la experimentación y de la aplicación al *País*, en un *savoir-faire*. He designado esta tensión entre el “saber” y el *savoir-faire* con el término de “industria”.

¿Por qué? Porque si, en su primera significación, este término nos remite a los conceptos de habilidad o de invención, en su valor polisémico la noción de “industria” dibuja paralelamente un horizonte mental en el que confluyen tres representaciones. La que nos proyecta, en primer lugar, hacia los medios de subsistencia y progreso que la Sociedad quiere voluntariosamente poner a la disposición de las clases laboriosas. La que confluye, luego, en el autorretrato de los *caballero* (este es el término utilizado constantemente en los textos) que forman la compañía, quienes, sin ser todavía unos verdaderos *chevaliers d'industrie* o capitanes de industria, como se dice en castellano, son ya los patronos de una industria naciente. Y, en tercer lugar, la que sintéticamente reúne las actividades y los hombres que concurren a la mejora técnica y a la formación de la riqueza. Como ejemplarmente lo ilustran las técnicas de cuchillería y los obreros ferrones que, en la manufactura de Bergara, dirige Joaquín de Eguía.

Decía Voltaire —al que, epistolarmente, se dirigió Eguía, según el testimonio que nos ha dejado el autor del *Tratado sobre la tolerancia*— que lo que fomentaba la industria, lo que mantenía el gusto, la circulación y la abundancia, era la fantasía del hombre. Sería injusto no reconocer en aquellos vascos

de la segunda mitad del siglo XVII, un uso *volteriano* de la fantasía, quizás alimentado por algún sueño utópico, pero sobre todo encaminado a transformar el “saber” de los Antiguos en la “industria” de los Modernos. Y ésta es la razón principal por la que el viejo debate sobre la ortodoxia de la Sociedad resulta tan obsoleto. Los mentores de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País son, al tiempo, cristianos y enciclopedistas. A condición de que no forcemos el sentido que cabe conferir a un término tan cargado en España de connotaciones confusas.

El ardor con el que tratan de conseguir la *Enciclopedia*, cualesquiera que fuesen los avatares de aquella búsqueda de un saber compilado, así como el uso colectivo que de ella hacen, permiten interpretar la cuestión, más allá del viejo debate, en el sentido que revela paladinamente la fuente epistolar: si los mentores de la Sociedad se aferran con ahínco a la Enciclopedia, es porque ésta constituye, al mismo tiempo, el espacio imaginario en el que se produce el encuentro entre el “saber” y la “industria”, y la recopilación precisa que puede vivificar la *Amistad del País*, en la medida en que ofrece “recetas” concretas para su ejercicio. Las cartas intercambiadas sobre este asunto permiten captar la naturaleza exacta de la relación entre la Sociedad y la obra maldita. Y ello resulta bien ejemplificado si se examinan cuidadosamente ciertas realizaciones de la Sociedad —con lo que hemos salido de lo puramente libresco o especulativo—, como, por ejemplo, la cuchillería de Vergara.

Junto al proyecto a medio y largo plazo en que se concretaría, a partir de 1776, la ambición educativa gracias al anhelado Colegio de Bergara, la cuchillería es un proyecto inmediato, una realización a corto plazo, una manera de mostrar y de demostrar la pertinencia de los proyectos societarios. Antes indiqué cómo, a mi juicio, la *Idea segura para extender y adoptar en España los conocimientos verdaderos de la agricultura*, que Campomanes hace circular en Madrid en 1763, proponiendo la creación de una Escuela o Sociedad de Agricultura, algo tuvo que ver con la presentación, en Villafranca, del famoso *Plan* fechado el mismo año. Pues bien, cabe también decir, en justa correspondencia, que las cartas dirigidas a Peñafiorida por Alava, en 1774, desde Madrid, descubren —aunque sea veladamente— lo mucho que el *Discurso sobre el fomento de la industria popular* del fiscal del Consejo de Castilla debe a las ideas y proyectos societarios.

Durante aquella estancia madrileña, Pedro Jacinto de Alava no cejó en su empeño de promover, utilizando hábilmente los hilos de la red tejida en Madrid, los intereses de una Sociedad convertida en representación unitaria del País: *Irurac bat*. Pero ese voluntarismo compartido con Peñafiorida y

Eguía no sólo chocó con la incomprensión o la pereza administrativas, también chocó con el realismo económico. El ejemplo de la cuchillería de Vergara, primero sostenida y luego abandonada por la Compañía Guipuzcoana de Caracas, es buena muestra de ello. Con sorpresa y amargura, aprendieron Peñaflores y Alava, Narros y consortes, la dura ley del mercado. El proyecto societario —y las *leyes de la amistad* que alimentaban su ética— chocaron, en 1775, con las leyes del comercio. Punto de encuentro y de fricción entre el voluntarismo de los Amigos del País y las necesidades gestoras a que quedaban ya sometidas las empresas protocapitalistas, como la cuchillería de Vergara, el desastre final de ésta revela los límites de una gestión más *amistosa* y *patriótica* que comercial.

La mutación de la *amistad* en *Amistad del País* gracias a la red que ofrecía el parentesco —un parentesco tan presente en la Bascongada como en la Guipuzcoana— quedaba así encerrada dentro de los límites que la infraestructura impone a la ideología. Se abre así una interrogación fundamental: ¿cabe afirmar que los fallos y decepciones —representados en esa *soledad* societaria que también refleja la correspondencia entre Peñaflores y Alava— encontraban en parte su causa en ese mismo parentesco? *Pour les besoins de la cause*, como decimos en Francia, es decir en aras de la *Amistad del País*, aquellos lazos articulados por la sangre y el interés fueron discursivamente presentados como una forma de *amistad* ampliada. ¿Dónde aparecía entonces el límite entre la realización y la ambición desembarazada de lo propiamente discursivo? ¿Qué condicionamientos lastraban las buenas voluntades?

La Bascongada nos sitúa en el corazón de una sociedad localista y aristocrática perfectamente integrada en el funcionamiento socio-económico del Antiguo Régimen, pero que, al socaire de las Luces y de las modas, rompe horizontes y se abre sin excesivas reservas a la modernidad y al intercambio, o sea a los libros y al comercio. Las mutaciones mentales acompañan las evoluciones económicas, y el alegato en favor del comercio y de su *estimación* social que aquellos aristócratas habituados a la fiesta y al fasto barrocos insertan, en el famoso *Ensayo* publicado en 1768, da buena cuenta de ello. Los gérmenes activos de una mentalidad burguesa y emprendedora están allí presentes y cohabitan, en la práctica, con los condicionamientos mentales derivados del rango y del *status* jurídico. No por ello dejan de ser visibles las primicias de un capitalismo de la manufactura, concebido quizás ingenuamente y enfrentado por ello a la capacidad gestora que expresan esos otros amigos y parientes aglutinados por la Compañía de Caracas, ante la cual los despechados Amigos del País manifiestan su irritación por lo ocurrido con la cuchillería bergaresa.

Este sentimiento prueba la dificultad que tienen todavía los Amigos para relativizar el concepto ambivalente de *amistad* y de *Amistad del País*, y para captar la complejidad de los mecanismos del mercado. Se trataba, efectivamente, de un espacio que no era ya el de la privacidad compartida o el, más reciente, de la sociabilidad societaria, un espacio que obedecía a otras lógicas distintas de las derivadas de las solidaridades del parentesco o de la amistad, un espacio en el que los de la Guipuzcoana —veteranos comerciantes— estaban más duchos que los de la Bascongada —incipientes gestores—.

Y aquí es donde la fuente epistolar nos descubre un nuevo aspecto de considerable importancia, a saber: el esfuerzo, a veces ya algo patético, de conservación de unas solidaridades vividas no sólo como residuo, sino también como requisito. Porque la *Amistad del País*, connotada ya de comerciante y manufacturera, aunque todavía no de gestora, sólo puede ser ejercitada en base a las *leyes de la amistad*, que así vividas resultan ser una variante inconsciente de las leyes del honor. Establecían aquéllas —y, en definitiva, éstas— unos parámetros que no siempre se casaban con la lógica de las evoluciones subyacentes. ¿Cómo entender, si no, la perseverancia con que el muy titulado aristócrata Peñafiorida insiste ante Alava, un simple noble mucho menos sentimental que el Conde, sobre las traiciones a la *amistad* que representaban las carencias en el ejercicio de la *Amistad del País*?

En la visión de la *Amistad del País* que Peñafiorida comparte con Alava, muy probablemente también con Narros, y que se esfuerza en transmitir a otros Amigos, todos los ingredientes y requisitos clásicos de la *amistad* están presentes. Y aunque simbólicamente se apliquen al ejercicio colectivo y no al sentimiento compartido no dejan de ser reveladores de las ocurrencias —y de los tópicos— engendrados por tan antiguo tema:

la “ausencia”, representada por el “silencio” del Amigo que no responde a las cartas que se le dirigen;

la “finura”, que da cuenta de la existencia del sentimiento compartido;

la “ingenuidad”, que autoriza el hablarse sin tapujos;

la “confianza”, que abre paso al ejercicio colectivo de la crítica;

la “franqueza”, que impone la consulta a los demás;

la “compasión”, que convierte en estatutariamente obligatoria la práctica de compartir su desgracia con el Amigo y la mutualización societaria...

Todo ello sin olvidar, por el lado negativo, los atentados al modelo ético de la amistad construido por los Antiguos, y del que tanto sabe Juan José Pujana. Recordemos algunos elementos aplicables al caso:

el “interés”, que no debe motivar la adhesión a la Sociedad;

la “hipocresía”: a la Sociedad se llega para trabajar y no para presumir;

o la “traición” encarnada en la deserción o en la indolencia de los socios.

La Antigüedad planteó el tema de la amistad en términos éticos. La sensibilidad del siglo de las Luces —ilustrada, en nuestro caso, por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País—, transforma la ética antigua en ética del sentimiento y en ética del saber. Si la primera restringe el espacio de la amistad al ámbito de la privacidad, la segunda, al hacer del saber la base de lo compartido, socializa el ejercicio.

En la *carta marrueca* número 33, el coronel José Cadalso concibe la amistad como la “madre de todos los bienes sociables”. La conexión así establecida entre una de las formas más antiguas de relación entre los hombres y las nuevas formas de sociabilidad que inventa el siglo XVIII revela las alteraciones complejas y multiformes que la sensibilidad de la época inflige a la subjetividad.

En el texto de Cadalso la relación entre dos o tres subjetividades fundamenta, como en los textos antiguos y las obras de ficción, el intercambio entre los personajes centrales (Gazel, Ben-Beley y Nuño), y, en este sentido, constituye una figura clásica de la representación de la amistad. Pero la forma epistolar ficticia que le sirve de soporte textual y los contenidos que la nutren nos acercan a ciertos ejercicios —como la *Amistad del País*— que tienen como horizonte una lectura ético-social de la contemporaneidad. Es, sencillamente, la que, en el ámbito de lo real, proponen a parientes y amigos ese otro trío formado por los “caballeritos de Azkoitia”, a los que, en sustitución de Altuna, pronto se incorporó Alava.

El trío vascongado, la representación que del mismo dio Isla, y el trío inventado por Cadalso constituyen un engranaje ejemplar, fácil de recomponer y cohesionado por un elemento al tiempo ficticio y real: la carta.

En su *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Francisco Aguilar Piñal se ha referido al “enorme rendimiento funcional” que tiene también la carta en la prensa de la época. Algo que tampoco escapó a los Amigos: como amablemente me recordaba Emilio Múgica, otro *Militar*, miembro de la Sociedad, que se tilbaba a sí mismo de *Ingenio* —me refiero a Manuel María

de Aguirre—, alimentó profusamente con sus “cartas” el *Correo de Madrid*, componiendo, como demostró Antonio Elorza en 1973, una significativa muestra del pensamiento ilustrado protoliberal.

Volviendo al texto de Cadalso, recordemos cómo Gazel refiere a Ben Beley el contenido de una carta que Nuño le ha enviado desde Madrid. Cuenta Nuño su paso por una tertulia madrileña, transmitiendo una visión fastidiosa del ejercicio de la conversación sociable. Pero, si nos fijamos, esta representación está relacionada con los temas —fútiles— tratados por los ricos, los nobles, los sabios o los eruditos sucesivamente ridiculizados en el texto. La tertulia de Cadalso, dominada por la competencia entre unos y otros, los celos y la vanidad, viene a ser, pues, la representación ácida de una mini-sociedad incapaz de encarnar el *trato* en términos de “bien sociable”.

Pero ¿en qué consiste, precisamente, este *bien*? Sencillamente, en una construcción ética propiciada por una percepción nueva de la sociedad, que es la que concurre a legitimar la existencia de los hombres y a humanizar sus relaciones. Es esta percepción la que saca a los hombres del marco estrecho del espacio doméstico, un espacio encarnado tanto en la privacidad restringida del salón madrileño pintado por Cadalso —y podemos pensar que también, en cierto grado, en el palacio de Insausti— como en la privacidad ampliada que se daba cita en las salas del Ayuntamiento de Azkoitia.

Cuando Joaquín de Eguía resalta las insuficiencias de aquella tertulia, nos está dando cuenta de una visión compartida con Peñafloreda y Altuna y de la manera en que aquellos tres jóvenes vascos empezaban confusamente a percibir las cosas en aquel rincón del valle del Urola. Y mucho antes de que Cadalso expusiera su visión desencantada y su esperanza en una forma socializada de ejercer la amistad y el trato muy distinta de la narrada por Nuño.

Pues bien, esa forma distinta no resulta ser otra que la *Amistad del País* inventada por la Vascongada. La *amistad* se convierte así en la base virtuosa sobre la que se asienta una forma distinta de verse y de vivirse como ser no sólo sociable, sino también útil. El intercambio planteado en esos términos pasa también por la conversación y por la carta, pero no se contenta con la mera reunión, sino que busca la aplicación. La *Amistad del País* será así el soporte ideológico de esta aplicación virtuosa.

Por eso, los textos fundadores de la Vascongada, el *Elogio de la amistad* del que es autor Narros, las *Leyes de la amistad*, e incluso determinadas reglas estatutarias, pueden ser leídos como verdaderos textos de preceptiva, no sólo de ordenación. En ellos encontramos explicitados los mismos elementos que dibu-

jan implícitamente en la obra de Cadalso las formas de convivencia y el horizonte ético-social que el coronel gaditano traza para sus contemporáneos. Salvo que las categorías sociales por él representadas parecen incapaces de hacerlo.

Nueva constatación interesante: sin olvidar el estatuto nobiliario al que podían acogerse los principales mentores de la Sociedad, lo que explica, en gran parte, su acción es algo que sólo alumbrará más tarde el horizonte histórico. Me estoy refiriendo a la manera en que conciben su cualidad de propietarios. Así, para interpretar su acción, o sea el *ejercicio de la Amistad del País*, esta cualidad parece, en definitiva, una categoría de análisis más pertinente que el estatuto nobiliario. Cuando, en el *Ensayo*, se afirma que “el Noble que se metiese a comerciante debiera adquirir mayor estimación”, lo que se elabora es un discurso de puertas afuera. Pero cuando, en el *discurso* con que se abren las juntas generales de 1774, se alude a las obligaciones que “la patria impone a todo Ciudadano”, el ejemplo deben darlo “los propietarios o poseedores de haciendas, por hallarse éstos con más oportunidad para dedicarse a observaciones agronómicas, físicas, mineralógicas y químicas, y más desocupados para la ejecución de tentativas y experiencias”. Oportuno autorretrato dibujado de puertas adentro.

Por ello, la *amistad* convertida en *Amistad del País* encarna tanto las preocupaciones y las ambiciones de un grupo de propietarios emprendedores como la perspectiva histórica e ideológica de una sociedad sentida y vivida como *País*. Por eso, en el concepto de *Amistad del País* se dan cita y se confunden proyecto y emoción, ética e industria, y ello a través de una red de intereses y de solidaridades que, más que en sus realizaciones positivas o fallidas, debe ser también analizada según las categorías inherentes a su propio valor metafórico. El sentimiento inicial —la *amistad*— y su ejercicio socializado —la *Amistad del País*— transforman la tertulia convertida en Sociedad en representación del taller patrio, o sea en el *País*.

En la invocación simbólica de esta noción abstracta se mezclan, confusamente, elementos reales y mentales, tales como la capacidad emprendedora y su fundamento igualitario. ¿Cómo interpretar, si no, en aquella microsociedad nobiliaria del valle del Urola, ciertos textos que arrinconan el rango y el *status*? Antes me referí al *discurso sobre la estimación que debiera darse al comercio*. Voy ahora a referirles lo que Peñafloreda había previsto, en 1774, en su *Plan para la elección de los maestros de la Escuela Patriótica*, en punto a la organización de la “función literaria” en que debía asentarse dicha elección.

Una vez colocados frente a frente los representantes del Ayuntamiento de Bergara y los cargos oficiales —o sea *funcionales*— de la Sociedad, la instala-

ción de los demás invitados a la ceremonia, en los bancos previstos al efecto, se haría en forma bien poco conforme a los parámetros representativos habituales en las sociedades de Antiguo Régimen. Cito textualmente lo que escribía el Conde: “en los asientos que encontrasen desocupados según fuesen llegando”.

Pues bien, la representación encarnada en la socialización de la amistad que conduce a la Amistad del País va a servir de modelo general. A través de la incitación política, Campomanes otorga un estatuto político-administrativo a las *Sociedades Económicas de Amigos del País*. No hay que engañarse, sin embargo. Esas Sociedades tienen, en su inmensa mayoría, un carácter bastante administrativo, por no decir artificial. Son los apéndices supuestamente útiles de una política de Estado. Situación bien distinta, por cierto, a la de los Amigos reunidos en la Bascongada. Su Sociedad es una empresa original, y, por muchos lados, estoy tentada de decir, una simple *empresa*. Nacida de una iniciativa privada, se posicionó ideológicamente como herramienta de una construcción que era, al tiempo, ético-social y socio-económica.

Poco importan las denominaciones inscritas en los sucesivos estatutos. Los Amigos más activos, que son también los más próximos en lo afectivo y en lo mental, constituyen *per se* una entidad, un núcleo central (decimos, en Francia, un *noyau dur*), que con frecuencia hace pensar irresistiblemente en un consejo de administración *avant la lettre*. Lo que le faltó, en definitiva, a ese consejo de administración fue una clara percepción de las nuevas reglas del juego económico a que estaba inevitablemente abocada una sociedad en mutación. ¿Pero, podía ser de otra forma?

Al utilizar el tópico clásico de la amistad para proponer un ejemplo virtuoso de la amistad sociable —y de su utilidad— los Amigos del País no sólo concurrían al bienestar del País, sino que también proseguían, a su manera, la eterna búsqueda ética de los hombres. Frente a las incertitudes que impone la naturaleza humana, quizás no deje de ser un dato positivo el que que los dúos y los tríos de amigos, con los que se edifican siempre los ejemplos de la amistad puestos por los Antiguos, no desaparezcan del todo en el universo más general y mecanizado —el de la *Amistad del País*— que los ilustrados vascos se esfuerzan por construir. La *amistad* no siempre queda anegada en la *Amistad del País*. De forma que cuando ésta se agota o entra en crisis, cuando falla el imprescindible intercambio que proporciona la red epistolar, e incluso cuando se observa con atención la vida y la práctica cotidianas en el seno de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, siempre terminamos encontrándonos, en la perseverancia con la que se construye el edificio, a dos, a tres, a cuatro... y apenas más Amigos.

Hay una carta “reservada”, dirigida por Peñafiorida a Pedro Jacinto de Alava, a finales de diciembre de 1775, en la que, más alla del asunto que la motiva (la contratatación de un “sugeto asalariado” para mejorar la administración de la Sociedad), se trasluce una visión que no es aquí metafórica. Víctima de un desánimo del que raras veces da prueba, Peñafiorida le dice a su amigo Alava:

*Tú sabes, por experiencia en tu Provincia, como yo en la mía, acompañado por solo Narros, que hemos tenido que ser Consiliarios, vigiladores, recaudadores y encargados de los Libros de Comisiones. Esto no puede durar así....*

*Solo Narros.* Nunca he sabido, a la hora de transcribir este texto, si convenía o no ponerle acento.

Gracias por su atención y paciencia.

### **La Amistad y la Real Sociedad Bascongada** (por J. Ignacio Tellechea Idígoras)

Queridos amigos:

No pudiendo estar físicamente presente entre vosotros y habiéndose anunciado mi presencia en el programa impreso de este acto, deseo suplir mi ausencia con este escrito que de alguna manera haga presente y me sirva para cumplir con mi compromiso. Nos reúne la presentación del libro de Cécile Mary Trojani, *L'écriture de l'amitié dans l'Espagne des Lumières. La Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, d'après la source épistolaire (1748-1775)*, que acaba de aparecer en las Presses Universitaires du Mirail, de la Universidad de Toulouse. He tenido el privilegio de leer íntegramente de antemano la importante obra, y la obligación de leerla antes de poder decir algo sobre ella con conocimiento de causa.

He de confesar que su lectura me ha producido doble satisfacción: Una primera, acaso muy personal, derivada del hecho de que la autora haya estimado y utilizado profusamente mis libros *Plan de una Sociedad económica o Academia de Agricultura, Ciencias y Artes útiles y Comercio adaptado a las circunstancias y Economía particular de la M.N. y M.L. Provincia de Guipúzcoa*, presentado a las Juntas Generales de Villafranca en 1763 e impreso en los Registros de las citadas Juntas, que edité en facsímil bajo el patrocinio de las Juntas Generales de Guipúzcoa y de su entonces Presidente, el inolvidable amigo Javier Aizarna. Y sobre todo, se ha servido ampliamente de mi otra obra *La Ilustración Vasca. Cartas de Xavier de Munibe, Conde de*

*Peñaflorida, a Pedro Jacinto de Alava*, editado por el Parlamento Vasco con el apoyo entusiasta de su entonces Presidente Juan José Pujama. Ambas obras han “disfrutado” de un espeso silencio en nuestros lares, con ser ambas fuentes importantes para la historia de nuestra Sociedad, más la segunda que la primera por diversas razones:

La primera, por descubrirnos el perfil de un primer proyecto inicial, ceñido a Guipúzcoa y de características muy peculiares, que es obligado recordar. Y la segunda, porque en una serie de cerca de mil cartas del fundador Conde de Peñaflorida a un amigo íntimo alavés, Pedro Jacinto de Alava, nos descubriría mil facetas, hasta entonces completamente desconocidas, ya que todo ese epistolario había sido totalmente ignorado por cuantos habían escrito sobre la historia de nuestra Sociedad, hasta que aparecieron en letras de molde en 1987. Ni una ni otra de estas dos obras obtuvo menor eco, al menos el eco debido, en nuestros ambientes culturales y medios de comunicación y nos ha de llegar de fuera el reconocimiento: un reconocimiento y estimación por partida doble: como fuente histórica inapreciable para conocer la entraña del nacimiento y desarrollo de aquel gran proyecto *privado*, y no oficial o público, de la que llamamos Ilustración vasca, de sus protagonistas, de sus ideales, de sus realizaciones. Y en segundo lugar, porque tal epistolario, por sus características, es especialmente apto para ilustrar la perspectiva original de la obra Cécil Mary Trojani enunciada ya desde su título *L'écriture de l'amitié*.

En efecto, tras la lectura de la obra de la investigadora francesa, hemos de destacar la óptica originalísima desde la que aborda el estudio de nuestra Sociedad: la amistad. Nuestra Sociedad no nació como una Sociedad anónima con libre adhesión de sus socios, sino de un grupo de amigos, a veces emparentados con lazos de sangre o con los derivados de enlace matrimoniales. La amistad fue el *humus* de toda la empresa, y la autora se prodiga mostrándonos sus matices: la cortesía, la franqueza, la ayuda mutua, etc...todo lo cual era más fácil en un grupo limitado de socios numerarios, los verdaderos responsables de la Sociedad, si bien no en todos y cada uno de los miembros la amistad alcanzase las mismas cotas. Ciertamente singular es el caso de Peñaflorida y Alava, en que sociabilidad y privacidad asumen expresión de más alta calidad.

Un segundo lazo complementa esta amistad, su socialización de cara a un ideal compartido, que no es otro que el expresado en el título fundacional, *Amigos del País*. Aunque algunos se empeñen en presentar a aquellos hombres como egoístas, interesados primeros en sus proyectos innovadores y progresistas, no cabe duda que aparece claramente en ellos una veta altruista, abierta a la modernidad y a los intercambios, que miraba por el futuro de su tierra nati-

va. Esta actitud que la autora define, como “une éthique du savoir partagé”, le lleva a esta conclusión: “La noción del compartir —requisito clásico de la amistad— enlaza la amistad de los seres con la amistad del País. Ciertamente, se trata de una construcción ideológica que reúne a hombres que comparten intereses. Mas, aplicada al “País, no deja de constituir una ética social que fundamenta el intercambio más amplio”(p.277).

Guiada por esta percepción fundamental, la autora reconstruye detallada y modélicamente la conformación de la personalidad de Peñaflores, sus inquietudes, los pasos sucesivos que desembocan en la creación de la Sociedad, sus iniciativas *primeras*, ya que su exposición no va más allá de 1775, justamente vísperas de la creación más importante de la Sociedad, el Seminario patriótico de Vergara. Para fundamentar esta fina y sutil óptica se servirá de modo exhaustivo de las fuentes históricas clásicas sobre la Sociedad y en manera particular del epistolario de Peñaflores, al que añade el de cartas provenientes del fondo Prestamero o de fondos de la misma Sociedad hoy en Vergara, poniendo de relieve el valor de las tertulias iniciales, de los encuentros societarios o no, del soporte de la correspondencia continuada, que permitía compartir desde detalles de la vida cotidiana, a acontecimientos esporádicos, y también compartir y debatir los ideales e iniciativas de la misma Sociedad.

No puedo menos de felicitar a la autora por la originalidad de su perspectiva, por la cantidad de información acumulada y sabiamente manejada, y por el resultado final de su esfuerzo. Y no dudo en afirmar que su obra se convertirá en referencia obligada y en un clásico sobre la materia. La Real Sociedad Bascongada está de enhorabuena, y no puede menor de darla a la autora de tal satisfacción justificada.